

mujer, la música, etc.); reflexionar sobre los rasgos románticos de alguno de los textos, etc. Se incorpora también una lista con las principales páginas web en las que los lectores podrán hallar información y materiales útiles para la realización de las actividades propuestas. Además, el libro está publicado en tapa dura y se puede adquirir por un precio muy asequible para tal formato, característica que junto con el diseño escogido para la portada hace que resulte, sin duda, más atractivo para los lectores.

Por todo ello, esta edición es óptima para profesores y alumnos que quieran acercarse a las obras de Gustavo Adolfo Bécquer, pero también resulta oportuna para todos aquellos que deseen conocer al autor con mayor profundidad.

Adriana Martins Frias
Universidad de Navarra

Calderón de la Barca, Pedro

Los alimentos del hombre. Ed. Miguel Zugasti. Kassel: Reichenberger / Pamplona: Universidad de Navarra, 2009. 342 pp. (ISBN 978-3-937734-75-0)

“Los dos autos sacramentales que Calderón escribió para ese año [el Corpus Christi de 1676] son *La serpiente de metal* y *Los alimentos del hom-*

bre” (p. 7). Este es el punto de partida del estudio preliminar de Miguel Zugasti para su edición crítica de *Los alimentos del hombre* (volumen que forma parte del proyecto de edición de los autos sacramentales completos de Calderón que lleva a cabo el GRISO de la Universidad de Navarra). Así, el estudio comienza indagando en las celebraciones del Corpus del citado año de 1676, a partir de las memorias de apariencias y demasías de dicho auto que se guardan en un legajo del Archivo de la Villa de Madrid. Si bien, como el investigador reconoce, es extremadamente difícil determinar los textos breves que acompañaron la representación de los autos debido a su carácter acomodaticio (dichos textos eran intercambiables, por lo que podían emplearse en distintos festejos), uno de los aportes notables de su edición es la recuperación del vínculo con una de dichas piezas: la loa. En este sentido, siguiendo las investigaciones de Rafael Zafra, Zugasti recupera la loa de *Los alimentos del hombre*: la llamada *Loa del reloj*. Empero, nos recuerda que la conexión entre loa y auto: “nunca se sintió como algo fijo e inamovible” (p. 17), lo cual ejemplifica el recorrido de esta pieza breve, pues su vínculo con *Los alimentos del hombre* desapareció en los impresos del siglo XVIII, en los que aparece unida a los autos *El tesoro escondido* y *A tu prójimo*

como a ti mismo. Aunque el crítico no consigue recuperar el resto de piezas breves que acompañaron al auto, recoge y organiza la información que se tiene hasta el momento sobre la música y las danzas que completaron el estreno de *Los alimentos del hombre*.

El estudio también incluye una parte dedicada a las reposiciones del auto: en el Corpus sevillano de 1677, junto a *No hay instante sin milagro*; fue repuesto varias veces a lo largo del siglo XVIII, ora como parte de las celebraciones por el Corpus, ora dentro del circuito comercial. De acuerdo con las investigaciones de Andioc y Coulon, Zugasti recoge tres fechas en las que el auto fue representado en Madrid: 1717, 1735 y 1763. De estas tres fechas, la tercera es “muy rica” en informaciones: la representación del auto se hizo junto a la *Loa en metáfora de la piadosa Hermandad del Refugio* y de dos obras cortas de carácter cómico, compuestas por Antonio Vidaurre. En el campo musical, Antonio Soler, maestro de capilla del Monasterio de San Lorenzo del Escorial, compuso la música para la loa y el auto en 1756 (la cual fue reestrenada en 1999) y existe una versión como ópera radiofónica, titulada *Des Menschen Unterhaltsprozeß mit Gott (El juicio por alimentos del hombre contra Dios)*, del compositor alemán Bernd Alois Zimmermann, que fue estrenada en 1952 en Colonia.

Sobre el argumento del auto, se sigue el paradigma compositivo de un juicio; en este caso concreto se trata de un pleito por alimentos que, de acuerdo con el investigador: “nuestro dramaturgo conduce magistralmente, guardando un total equilibrio entre el plano literal del juicio y el alegórico” (p. 27). Así, el auto se inicia con la expulsión de Adamo del Paraíso por haber cometido el pecado original. Su Padre, quien había fundado un mayoralgo en favor de su hijo y sus descendientes, revoca la donación del mismo y se la entrega a Emanuel, su segundo hijo, quien se convertirá en el intercesor de su hermano. Fuera del Paraíso, Adamo despierta a la Razon Natural y se entrega al Apetito, de lo que no tarda en arrepentirse, pues este solo puede ofrecerle “hambre fiera”. Luego, presencia el desfile de las cuatro estaciones, las cuales, cumpliendo la orden del Padre, le niegan la asistencia que les solicita y solo le entregan varias herramientas (azada, hoz, podadera y cayado) para que Adamo consiga el sustento por sí mismo: este, sin embargo, desnudo y sin fuerzas, no es capaz de emplearlas. Se queja por lo lastimoso de su condición (versos que recuerdan las quejas de Segismundo en *La vida es sueño*) y sus lamentos son respondidos por Razon Natural, quien le revela que el derecho natural no permite a ningún padre negar el sustento a su hijo y en-

caminarlo a la mendicidad. Así se configura el ámbito jurídico-legal por el cual avanza el auto.

Desde su mismo título, se anuncia el espacio en el que se moverá el auto, puesto que, como el estudioso apunta: “*alimentos*, además del sentido recto de ‘viandas o vituallas’, es voz que juega disémicamente con el significado legal de ‘las asistencias de maravéis que dan los padres a los hijos’” (p. 38). En este sentido, se debe resaltar el detallado trabajo de anotación que el académico ha realizado en lo que se refiere a las voces jurídico-legales (agente, artículo, concluir, decir, definitiva, etc., listadas bajo un rótulo del mismo nombre en el índice de notas), necesario para poder entender a cabalidad los juegos que el texto plantea entre sus distintos sentidos: el mero sentido nutricional, el sentido judicial o legal, y el sentido alegórico o trascendental. Por ello, el minucioso trabajo de anotación realizado por Zugasti convierte su edición en referencia importante para el estudio y edición de textos que incluyan este tipo de voces.

La tercera parte de *Los alimentos del hombre* se dedica al pleito legal. En su estudio de la estructura del auto, el investigador la organiza en las siguientes partes: primero, el “procurador del hombre” (el Ángel custodio) interpone la demanda ante el tribunal; luego de que esta es admitida, el

fiscal (representado por el Demonio) presenta su alegato contra Adamo; a continuación, el procurador responde a dicho alegato; finalmente, se dicta sentencia: la confesión y el acto de contrición que Adamo realiza conmueven al Padre, quien solicita al juez (la Justicia) que sentencie a favor de la concesión de alimentos. De este modo, el auto reproduce el contexto propio de las cuestiones legales o procesales, pero alejándose del rigor de la Justicia, pues “se impone al final la fuerza del perdón y la misericordia” (p. 44): Emanuel alimentará al hombre con su carne y sangre, las dos especies eucarísticas que la Aurora (la Virgen María) porta en la apoteosis que cierra el auto. Asimismo, cabe señalar que el estudio de la estructura del auto no olvida destacar los cambios métricos que se producen y que son sintetizados en el resumen métrico aducido por el editor.

El estudio textual se encuentra dividido en dos apartados: el primero se dedica a la loa y el siguiente al auto. Sobre la loa, se trata de una edición ecléctica, pues no se conserva ningún manuscrito de la mano de Calderón o debidamente autenticado por él. En este sentido, Zugasti subraya los cambios que sufrió el texto con el fin de adecuarlo a las escenificaciones concretas en las que se empleó. Así, el manuscrito del Museo Nacional del Teatro (Almagro) cambia la dedicato-

ria original “segundo Carlos” por “quinto Philipo”, y uno de los manuscritos de la Biblioteca de Bartolomé March alarga considerablemente uno de sus pasajes para incluir los nombres de personalidades destacadas de Baeza. En relación con el auto, se repite una situación similar a la loa, pues se carece de un manuscrito autógrafa. Sin embargo, el análisis textual de los testimonios ha permitido establecer que los dos manuscritos parisenses (el de la Biblioteca del Arsenal y el de la Biblioteca Nacional) y uno de los manuscritos de la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid son los más cercanos al arquetipo perdido. A partir de ellos, el estudioso realiza una edición ecléctica del texto del auto.

En resumen, *Los alimentos del hombre* es un auto sacramental que reafirma la maestría de Calderón en este género teatral, sobre todo en la imbricación de los distintos sentidos que construyen la alegoría eucarística, la cual es desentrañada por Zugasti gracias a su detallado y cuidadoso trabajo de edición que brinda un texto que, además de estar finamente fijado y anotado, reconstruye la unidad entre la loa y el auto mismo.

José Elías Gutiérrez Meza
Universidad de Navarra

Depetris, Carolina

La escritura de los viajes: del diario cartográfico a la literatura. Serie Viajeros, Colección Sextante. Mérida: Universidad Nacional Autónoma de México, 2007. 107 pp. (ISBN 978-970-32-4938-1)

Carolina Depetris, estudiosa de la escritura de viajes y sus relaciones con la literatura, es argentina, doctora en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid y actualmente investigadora de la Universidad Nacional Autónoma de México. Su libro, publicado en 2007, trata de un período definidor para la literatura de viajes: el pasaje de una lectura científica del mundo, reflejada en diarios de expediciones, a una lectura literaria del viaje. Depetris entiende el viaje como una tríada que incluye también a la observación y a la escritura, actividades todas que cristalizan en la conformación de un determinado conocimiento. Este deseo de conocimiento “ha estado sujeto a una demanda de mimesis que siempre, aún desde la leyenda, ha tenido una fuerte pretensión de realidad, entendida esta como verdad” (7). Este estudio, que tiene como escenario la Pampa y la Patagonia argentinas entre 1745 y 1870, trata exactamente de este vínculo entre viajar, observar, escribir y conocer y la manera como se organiza un conocimiento geográfico representado por la escritura. El período